



Mercado de Villacerrada. (Albacete).

LA CHICA DEL MERCADO

■ ANDRES RODRIGUEZ

El tren marchaba a toda velocidad sobre la amplia llanura manchega. Raúl –un joven estudiante de 18 años– divisaba un tanto atónito, a través del cristal, los tonos ocres, grises y marrones de aquel paisaje, que se abría ante sí como algo nuevo y diferente.

Sumergido en su asiento, le sucedían pensamientos de viajes pasados, en los que pudo satisfacer su gran inquietud por conocer lugares y gentes de otras culturas. Hace dos años estuvo en Estados Unidos haciendo un curso intensivo de inglés. También

viajó por toda Europa con el interrail. Le encantó, sobre todo, Roma, donde se quedó impresionado con la historia que guardaban sus monumentos y restos arqueológicos. Por supuesto, en la piel de toro le quedaba muy poco por descubrir. La Mancha, sin embargo, era su asignatura pendiente.

Aunque ya había estado en alguna ocasión, sólo fue de paso y hacia otros destinos. Quién le iba a decir a él, hace tan sólo un par de semanas, que se encontraría subido en ese tren con dirección a Albacete, rodeado de llanura y con un par de maletas

llenas hasta los topes, que hacían presagiar una estancia larga.

Raúl pensaba iniciar sus estudios en Ingeniería Forestal, que no podía cursar en su Madrid natal –donde hasta entonces había vivido– porque la nota de acceso a la universidad le había dejado fuera de la facultad madrileña. Iba a vivir con Javier, otro estudiante, pariente lejano, e hijo de una prima de su madre al que ni siquiera conocía y que pretendía estudiar Derecho.

En las postrimerías del viaje, el tren comenzó a reducir su marcha con suaves pero certeras frenadas. La mayoría de los viajeros empezaron a contorsionarse nerviosos en sus asientos, mientras que otros ya estaban levantados y buscaban ansiosos sus equipajes. Raúl sintió entonces cierta inquietud. Fue como si estuviera preparado para hacer un examen y esperara con ansiedad el folio con las preguntas. Eran esos segundos de incertidumbre, de tener la necesidad de saber qué se escondía al otro lado del folio, al otro lado de la estación.

Rápida, pero ordenadamente, la gente fue descendiendo del vagón. Raúl empezó a otear los alrededores buscando una persona alta, delgada y con el pelo moreno y rizado, únicos datos certeros que conocía de Javier, quien debería estar esperándole. Sin embargo, no divisó a nadie que respondiera a dicha fisonomía. Sólo le llamó la atención un vendedor ambulante, que llevaba una caja repleta de navajas colgada del cuello.

Tras descender del tren, siguió por inercia a los demás viajeros, que caminaban con paso ligero por un subterráneo que iba a parar a la estación. Al entrar, dejó las maletas en el suelo y miró su reloj. –"Las diez y cuarto – se dijo a sí mismo–. Ya debería estar aquí".

Mientras los recién llegados se amontonaban en las puertas de la estación, en dirección a la calle, en sentido contrario, un chico alto y huesudo, con narices pronunciadas, se abría paso en dirección opuesta. Anduvo hacia el centro de la estación –que ya aparecía casi vacía– y comenzó a mirar a sus alrededores. Encontró una decena de personas haciendo cola ante la ventanilla de los billetes y un par de jubilados fumando un

cigarrillo en un banco. Luego vio a Raúl, que también le encontró con la mirada.

– ¿Eres Raúl? –inquirió–

– ¡Sí! ¡Tu debes ser Javier, el hijo de Fátima!

– ¡El mismo! –respondió–. Vamos, te enseñaré el apartamento donde vamos a vivir y luego daremos una vuelta por la ciudad.

El desplazamiento fue corto. En ciudades pequeñas, como Albacete, casi todos los desplazamientos son cortos. El apartamento estaba estupendamente situado, en un cuarto piso sobre el chaflán que forman la calle de los Baños y la calle de La Feria, muy cerca del centro de la ciudad. Era pequeño pero bien aprovechado y tenía un balcón desde el que se divisaban los alrededores. A Raúl le llamó la atención aquel edificio grande y algo tosco que divisió en la manzana anexa.

– ¿Qué es eso? – preguntó.

– Es el mercado de Villacerrada –contestó Javier–. Ahora bajamos y lo vemos si quieres.

El Mercado mantenía a esas horas de la mañana bastante actividad. Decenas de personas –la mayoría mujeres– corrían cual hormigas en todas direcciones, cargadas con bolsas y carros de la compra. A su

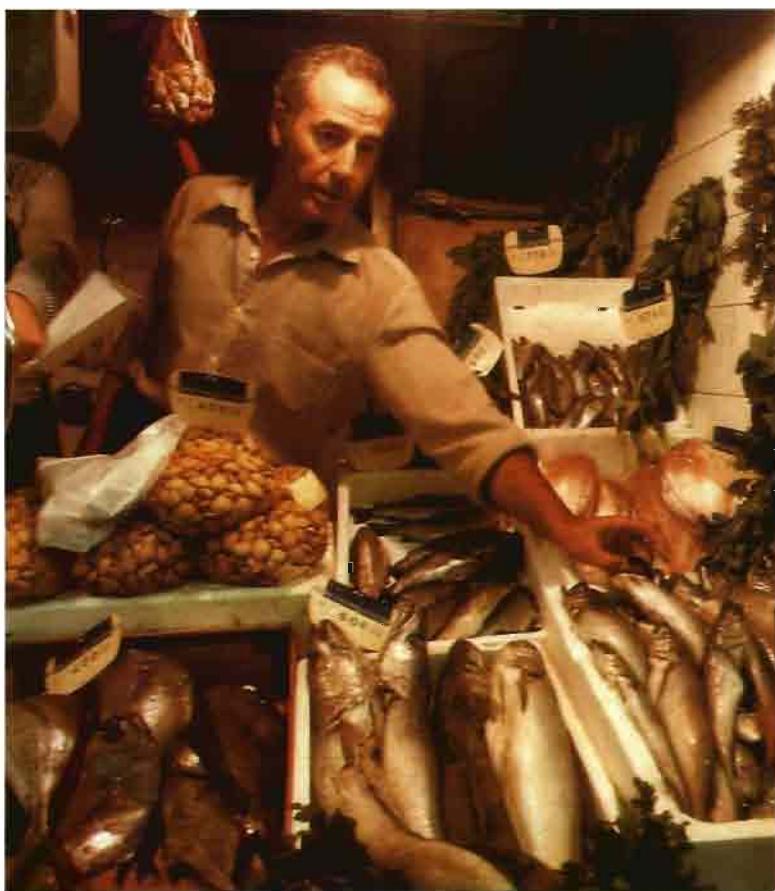


derecha, un niño, sentado en su carro, clavó sus ojitos negros en Raúl. Este respondió a la mirada con una sonrisa y un chasquido de dedos, que provocaron las risas del pequeño.

Por un instante, aquel niño le recordó a sí mismo, cuando el tenía tres o cuatro años y su madre le llevaba al mercado madrileño de Bravo Murillo, muy cercano a donde vivían. Estrujando su memoria creyó recordar que, desde entonces, no había vuelto a entrar en un mercado. La compra en casa la solía hacer su madre y, desde hacía unos años, cualquiera de sus dos hermanas.

– ¡Oye, chavall! – gritó alguien a su espalda – llévate un par de chuletitas para asártelas esta noche. Son la mejor carne de la provincia.

Raúl giró 180 grados sobre sí mismo para descubrir una señora mofletuda, con colores rosados y ataviada con un delantal y un jersey completamente blancos. Con una sonrisa de oreja a oreja, le señalaba un mostrador repleto de grandes pedazos de carne sanguinolenta. Aquella escena le pareció repulsiva y asquerosa. El no estaba acostumbrado a ver así la carne, sino hecha filetes, asadita, aliñada y lista para ser engullida.



– ¡No gracias! – respondió Raúl. A su mente vino repentinamente el recuerdo de su madre, que un tanto machista y llevada por un exceso de proteccionismo, nunca permitió que su hijo hiciera la compra, ayudara en la cocina, o simplemente fregara los platos. Raúl comenzó a sentirse profundamente mal. Pensó que durante los próximos años tendría que ideárselas para hacer la compra diaria, preparar la comida, limpiar la casa. Incluso debería hacer la cama, a pesar de que siempre lo consideró una estupidez, más cuando debes deshacerla para acostarte al día siguiente.

Raúl sintió un agobio extraño, miró a Javier, que continuaba a su lado sin decir nada, embutido en un jersey marrón y con la mirada perdida en las grandes bombillas blancas que iluminaban los puestos. Luego, haciendo un gran esfuerzo, le lanzó la pregunta en la que se resumían sus preocupaciones más inmediatas.

– ¿Oye, tu sabes cocinar? – le preguntó mientras clavaba la mirada en los labios de su amigo como si su vida dependiera de aquella respuesta.

– ¡Un poco! – musitó –. A mi lo que no me gusta es comprar. Tu si quieras haces la compra y yo cocino. Este es un buen sitio para encontrar de todo y, además, las tenderas son muy majas y suelen tratar bien a gente como nosotros, vamos, que se encariñan con los estudiantes.

Los días pasaban rápidos y Raúl se fue familiarizando con sus nuevas responsabilidades. Aquella mañana ya se disponía a volver a casa, cuando una bala humana de 120 centímetros de altura impactó de lleno por debajo de su cintura. El niño, perseguido por dos compañeros de juego, rebotó unos centímetros hacia atrás y luego se desplomó sobre el suelo como un saco. Sus perseguidores, cruzaron aturdidos una mirada de complicidad y sintieron pena de su víctima abatida.

La criatura comenzó a berrear en el suelo como si de un animal herido se tratase. Raúl, tras levantarla, sacudirlo un poco y dedicarle unas frases de ánimo, no consiguió que el niño cesara en sus llantos hasta que apareció una chica muy joven, alta y morena, que con un distinguido aire de feminidad

inundó con sus inmensos ojos negros la mirada de Raúl.

— ¡Es mi hermano! —dijo la chica—, perdónale porque es muy travieso.

— ¡Bien! — se limitó a contestar Raúl un tanto aturrido.

La joven —que tendría unos 18 años— se alejó con altanería, luciendo una preciosa melena morena llena de tirabuzones que brillaban a la luz de los focos. Antes de desaparecer, giró levemente su cabeza y dedicó una última mirada. Raúl permanecía boquiabierto, mirándola estupefacto y completamente convencido de estar dejando escapar a la mujer de sus sueños. Frente a él, sólo acertó a distinguir un enorme reloj de pared, cuyas saetas asemejaban pequeños barcos negros flotando en un mar blanco y circular.

A la noche siguiente, Raúl salió con su compañero de piso a dar una vuelta por la ciudad. Estuvieron bebiendo y planificando lo que iban a ser sus vidas durante los próximos meses. Aquella era una ciudad pequeña de costumbres tranquilas y la gente, cuando sale, suele hacer recorridos parecidos por los locales de moda.

Raúl pensó que quizás encontraría a la chica del mercado pero, aunque la buscó con ilusión durante toda la noche, sus esperanzas fueron desvaneciéndose conforme pasaron las horas. Fue entonces cuando pensó que volvería a encontrarla en el mercado, y es allí donde deberla buscarla. Así, durante las siguientes semanas, se empecinó en intensificar y a la vez centrar su búsqueda en el Mercado de Villacerrada.

Los dos jóvenes se aclimataron sin problemas a sus nuevas vidas. Hicieron pronto amistades y centraron sus esfuerzos en ir sacando adelante sus exámenes parciales. En casa, se repartían las tareas propias del hogar; todas excepto la compra, que era potestad exclusiva de Raúl.

Tres o cuatro veces por semana visitaba el mercado municipal con su pequeño secreto: encontrar a una mujer que sólo había visto una vez, pero de la que se creía completamente enamorado. Su insistencia sólo dio fruto dos meses después.



La joven iba sola y cargada con una cestita de mimbre llena de tomates y verduras. Sin pensarlo dos veces, Raúl comenzó a seguirla a una distancia prudencial. La observaba absorto, sin atreverse a acercarse. Pasados unos minutos se sintió ridículo, estúpido con su forma de comportamiento. ¡Parece que tienes diez años! —se dijo a sí mismo—. Preséntate a ella; profésale tu amor; provoca el encuentro... Perdido en sus dilaciones, la chica desapareció de su vista.

Durante las próximas semanas, Raúl se recriminaría un millón de veces su poca decisión. Se convenció de que aquello no podía volver a ocurrir. La próxima vez que la viera, saldría a su encuentro, se inventaría cualquier excusa, destaparía el frasco de las esencias y se mostraría atrevido, agradable, simpático, servicial, atractivo o lo que hiciera falta con tal de llamar su atención y robarle una sonrisa... la encontraría de nuevo y la próxima vez, no se le escaparía.

Los días iban desapareciendo del calendario y el joven estudiante se había convertido, sin lugar a dudas, en el cliente más fiel que jamás hubiera tenido aquel mercado. Iba dos o tres veces al día. A veces incluso se acurrucaba en las escaleras para

dedicarse a la lectura o escribía notas y números en un pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo. Incluso en ocasiones se le acercaba alguna señora y le preguntaba por qué estudiaba allí, qué si no tenía casa. Los más osados, al verlo tirado, incluso le echaban monedas pensando que ayudaban a un indigente.

El, por su parte, no dio muestras de flaqueza en ningún momento. Se guiaba movido por una fuerza interior poderosa y desconocida que le autoconvencía de que precisamente allí encontraría de nuevo a la mujer de sus sueños. Jamás tuvo un momento de duda. Jamás se le ocurrió pensar que, probablemente, estaba embarcado en una tarea imposible.

Raúl acabó siendo muy conocido por todos los tenderos. Se había convertido en un auténtico profesional en las tareas de la compra. Se desenvolvía bastante bien pidiendo el turno en los puestos, elegía con precisión buenos productos entre mil posibles elecciones, buscaba los precios más asequibles a su restringida economía, e incluso era capaz de regatear si se presentaba la ocasión. Cuando no se

encomendaba a alguna de estas tareas, estudiaba en la escalera o pedía un poleo en el bar del primer piso, donde también pasaba largos minutos esperando, siempre esperando.

Aquella mañana de febrero, Raúl iba mirando puesto por puesto en busca de una buena carne. A pesar de haber pasado largas horas en aquellas galerías, seguía fascinado con la sencillez de los epígrafes de algunos rótulos: Carnes y Embutidos José y Rosa, Pescados y Mariscos Hermanos Marcilla, Pollos y Conejos Mari Carmen. Aquello no tenía nada que ver con los marketinianos nombres de muchas firmas americanas y europeas que para él habían sido su único mundo conocido antes de llegar a Albacete.

Don Pedro acababa de convencer a Raúl para que se llevara aquellos filetes que ciertamente se metían por los ojos. Comenzó a cortarlos con la perfecta maestría de un cirujano que ha repetido un millón de veces la misma operación, cuando la chica del mercado apareció en escena. Andaba con paso firme y veloz, ni siquiera vio a Raúl, pasó como una





exhalación, contorneando suavemente sus caderas y con la melena todavía más larga y bonita que hacía unos meses. Su esbelta figura rompía con la simetría de los puestos alineados y a Raúl le pareció que llevaba sobre sí una aureola especial, fruto, por supuesto, de la imaginación exaltada del joven enamorado.

Su corazón pareció querérsele salir de la caja torácica y pasar a engrosar las vitrinas del carnicero. Este, ensimismado en su quehacer, era ajeno al terremoto que se estaba produciendo ante sus propias narices. Raúl no reaccionaba. Tenía que decirle algo, abordarla, profesarse su amor o quizás.... No, aquello no podría dar resultado. Había esperado tanto tiempo este momento que no podía perder la ocasión de hablar con la chica.

Comenzó a seguirla dispuesto a detenerla. Aceleró el paso cual caballo fustigado y en breves segundos casi la tuvo a su alcance.

– ¡Raúl! – exclamó alguien tras de sí mientras le sujetaba el hombro. Cuando giró levemente la cabeza descubrió a un compañero de la Facultad. Este, con una sonrisa de oreja a oreja mascullaba tras los

dientes la casualidad de aquel encuentro fortuito.

– ¡Perdona – dijo Raúl sin ningún tipo de cortesía.

– ¡Tengo prisa! – Reinició la marcha y dejó a su amigo con la sonrisa helada y la mano todavía extendida, como apoyada sobre quién sabe que pilar imaginario. Raúl estalló de rabia al ver que había perdido a la chica. Aquello no podía ser cierto.

El joven sintió morir. A su derecha, unas merluzas gigantescas envueltas en hielo, y con la boca extremadamente abierta, parecían ser las únicas testigos del fracaso.

– ¿Y vosotras, qué miráis? – gritó Raúl histérico a los pescados. Ante sí, el pescadero hizo una mueca indescriptible tras ver a un joven maníaco hablando con sus merluzas.

Raúl no estaba dispuesto a tirar la toalla y como si hubiera sufrido un chispazo eléctrico, una extraña vibración le recorrió el cuerpo y comenzó a correr como un poseso hacia la puerta del mercado. Ya en la calle, giró varias veces sobre sí mismo buscando desesperadamente

a la chica. Cegado por la tensión, se sintió rodeado por una gran multitud que le confundía, una auténtica masa humana sincronizada en sus movimientos, que le hacía imposible localizar su objetivo.

Un fuerte olor a ajos le impactó en la cara y difuminó su atención. Cruzando la mirada hacia el centro de su nariz encontró a un gitanillo que apenas levantaba dos palmos del suelo. En la palma de su mano, que mantenía erguida por encima de su cuerpo desaliñado y enjuto, sujetaba una bolsita de ajos.

– ¡Sólo son 20 duritos! ¡cómpreme una bolsa señorito! – exclamó el gitanillo con el rostro compungido, como si acabara de realizar un gran esfuerzo.

Tras el tercer encuentro fortuito con la chica del mercado, Raúl aumentó su obsesión por la idea de verla de nuevo. Comenzó a estrechar cada vez más sus idas y venidas al mercado y se aclimató a estudiar en las escaleras que unían las dos plantas del centro o en el café de la entrada. En su habitación, cambió la posición de su mesa de estudio y la situó

frente a la ventana, desde la que podía divisar la entrada del mercado.

Javier, su compañero de piso, llevaba ya varias semanas observando la extraña conducta de su amigo. No entendía que fuera al mercado dos o tres veces al día, o que en algunas ocasiones tardara varias horas en realizar la compra. Le observó en su habitación, sentado frente a su mesa de estudio y la ventana, levantando y contorsionando incomprendiblemente el cuello, como si se esforzara por seguir el vuelo de los pájaros.

Tras un par de semanas, Javier se percató de que el frigorífico estaba siempre atestado de comida. Era como si se encontrara en un refugio nuclear dispuesto a resistir el más duro de los ataques. Aquello no tenía sentido, era una solemne estupidez, una completa locura. Sólo podía ser fruto de un loco. Fue entonces cuando decidió hablar con su amigo.

Javier no salía de su asombro. Era increíble. Las repetidas visitas de Raúl al mercado, el aumento de la compra diaria, las constantes miradas desde una ventana buscando una cara conocida... todo estaba encaminado a encontrar una chica a la que sólo había visto tres veces en los últimos siete meses. Un amor platónico sin respuesta, una ilusión sin cimientos, un candor frenético que hacía que un joven de 19 años pasara buena parte del día en un mercado municipal, no sólo comprando, sino viviendo allí.

Javier se quedó profundamente preocupado con aquellas confesiones. Pensó que su amigo estaba realmente enfermo de amor y que había que zanjar el problema por lo sano. Poco a poco fue convenciendo de la estupidez de su deseo. Le convenció para que ambos alternaran sus visitas al mercado, que no era bueno para él obsesionarse con buscar un imposible.



– El día que menos te lo esperes –comentó Javier– encontrarás a la mujer de tu vida en cualquier sitio. Mejor aún, encontrarás a otra mucho más guapa y “explosiva” que la que ahora te quita el sueño.

Durante las próximas semanas, el joven enamorado fue restando fuerza a su pasión y acabó acostumbrándose a la realidad. Bajó de su nube y puso los pies en el suelo. Empezó a espaciar sus visitas al mercado y cedió parte de esa responsabilidad a su compañero de piso.

Poco a poco cedió en su empeño, pensó que su enamoramiento ciego sólo era fruto de un delirio exacerbado. Empezó a centrarse en sus estudios y se sintió completamente curado cuando decidió quitar su mesa de estudio de delante de la ventana, desde la que divisaba la entrada del mercado.

Los exámenes de mayo estaban siendo muy duros. Raúl y Javier nunca habían destacado como grandes estudiantes, más bien engrosaban las listas de los mediocres, de aquellos que van sorteando el

curso como pueden y aprietan el acelerador cuando se acercan las pruebas finales.

Aquel sábado primaveral de principios de junio era un día especial. Javier cumplía 19 años e iba a organizar una pequeña fiesta en casa para celebrarlo. Los dos jóvenes adecentaron el apartamento y compraron comida y bebida para el acontecimiento. Los invitados fueron llegando antes de lo previsto y a las ocho de la tarde algunos ya habían tomado posiciones frente a las bandejas de canapés.

A eso de las nueve habían llegado casi todos, una veintena larga de jóvenes que charlaban y reían amigablemente. El timbre sonó de nuevo y esta vez fue Raúl quién abrió la puerta. Ante sí apareció una alucinación, un imposible sólo fruto de un sueño, unos ojos negros penetrantes y conocidos que le recorrián con timidez de arriba aabajo. La chica del mercado se encontraba frente a él, allí mismo, con una media sonrisa que le hinchaba graciosamente el carrillo derecho.



– ¿Está Javier? –preguntó–.

Raúl estaba atónito, inmóvil como si se hubiera convertido en hielo. Sin mediar palabra, seguía agarrado al pomo de la puerta. Su cara, inexpresiva, parecía que acababa de despertar de un largo sueño.

– ¿Qué tal, Susana? – dijo de repente Javier saliendo al encuentro de la joven desde el fondo del pasillo.

– Raúl, esta es Susana, una compañera de clase. Es de Madrid, como tú. Está estudiando aquí Derecho porque su padre es militar y le han trasladado aquí durante unos años...

Raúl esbozó una sonrisa cuando observó desde el coche el cartel indicador de Albacete. Le vinieron a la memoria sus tiempos de estudiante y aquel día en que acabó la carrera hacía ahora más de cinco años. Finalizados sus estudios volvió a Madrid donde empezó a trabajar y no había vuelto desde entonces por aquella ciudad manchega.

El joven encendió el intermitente derecho de su vehículo y abandonó la autovía con dirección al casco urbano.

A su lado, Susana, la chica del mercado, se contorsionó como una marmota y despertó lentamente de un sueño ligero.

– ¿Hemos llegado a Alicante? – inquirió la joven mientras le acariciaba con suavidad la mano derecha.

– Todavía no, cariño. Vamos a hacer una pequeña parada.

El coche se detuvo frente al Mercado de Villacerrada, Raúl y Susana descendieron y sin mediar palabra atravesaron el dintel de la puerta principal y se detuvieron. En la pared de enfrente el enorme reloj de pared con esfera blanca seguía ocupando su emplazamiento de siempre.

Fue precisamente allí, hacia ahora diez años, cuando Raúl vio por primera vez a la chica del mercado, a la mujer de sus sueños. Entonces, conseguirla parecía un imposible. Ahora, la tenía a su lado para siempre. □

ANDRES RODRIGUEZ.
Periodista.